CRONICA
DE LA
EXCURSION QUE HIZO LA SOCIEDAD GEOLOGICA MEXICANA
A LA
PARTE PONIENTE DE LA SIERRA DE SANTA CATARINA

Como complemento de la excursión que en el verano de 1910 se organizó a la sierra de Santa Catarina, la Sociedad Geológica Mexicana dispuso, para el 6 de Agosto de 1911, una expedición, con el objeto de reconocer la parte Poniente de dicha sierra.

Ha sido ésta una de las más animadas y concurridas excursiones, de la Sociedad, hecho que demuestra, para satisfacción de los jefes de la misma, que el interés por tales estudios va en constante aumento.

No bastaron los temores, muy justificados, de que las lluvias, bien frecuentes en esa época del año, descargaran sobre los excursionistas; pues éstos, animosos y contentos, se congregaron a la hora de cita, en la Estación del F. C. Interoceánico y, tan luego como el Sr. Dr. Don Pablo Waitz, jefe de la excursión, llegó, cargado con todos sus implementos de geólogo y alpinista, la comitiva invadió, alegre y bulliciosa —como que la gran mayoría de sus miembros no cuenta arriba de 36 años— el carro destinado para el viaje en ferrocarril.

No bien se puso en marcha el convoy, cuando ya se escuchaban las pláticas en tono solemne, de Patiño Ordaz (un viejo minero de Zacualpan); las entusiastas observaciones de Agustín Aragón, el “crónista de cámara” de la Sociedad, a quien, por singular deferencia de los excursionistas, he substituído hoy, aunque con notoria deficiencia; y en general, las animadas conversaciones que entre sí sostenían los grupos de geólogos —de verdaderos y amateurs los demás—.

Terminado el corto trayecto en ferrocarril, cruzamos el pueblo de Santa Marta, que antes de la desecación parcial del Valle de México, se encontraba a la margen del lago de Texcoco; en cuyo pueblo escuchamos las primeras conferencias del Sr. Waitz.

Llegamos al pueblito de Santa María Hatzahuacán y después de examinar el corte que para las obras del Ferrocarril del Río Frío, se ha hecho al terreno, empezamos el ascenso por el lomerío, hacia el Sur, hasta llegar al punto culminante desde donde se descubren los varios pequeños cráteres que atestiguan la actividad volcánica de que la región ha sido teatro.

Por tercera vez oímos las sabias disertaciones de nuestro guía y disfrutamos de la sabrosa colación que se nos distribuyó y que reanimó nuestro, un tanto cuanto, fatigado cuerpo.

No ofreció esta parte de nuestra excursión incidentes dignos de mencionarse, de suerte que continuamos hasta las hermosas peñas llamadas los "Teatines," donde los fotógrafos aprestaron sus cámaras y los jóvenes más ágiles, al frente de ellos el Dr. Waitz, hicieron prodigios de equilibrio y de "adherencia," pues tal parecía que al trepar por entre las grietas de la roca, como lo hicieron Waitz y Aguilera, entre otros, marchaban adheridos a la masa rocallosa.

Llegamos al Tetecón, cerro frontero al que constituía el término de nuestro ascenso y desde cuyo punto, el Dr. Waitz, nos expuso, con toda claridad, la deformación sufrida por el cráter, bajo la influencia de la abundante corriente de lava que se derramó por su borde NW.

Empezó el ascenso al Xaltepec, caminata penosa que realizamos, aguijoneados por la perspectiva de la comida que en el cráter nos esperaba y por el temor de la lluvia que, como lo preveíamos, se presentaba a cada momento más inminente.

El grupo se desbandó. Cada quien buscaba veredas en aquellas pendientes abruptas, donde no existen, y por fin los de la vanguardia llegaron a la cima y esperaron generosamente a los rezagados, uno de los cuales, avanzaba lentamente, a plena retaguardia, sin que le fuera dable transportar su voluminosa mole con la celeridad que su bien templado estómago le pidiera!

Por fin, llegó la retaguardia del grupo, y con ella, una llovizna tupida que caló nuestros huesos, más que humedeció nuestra comida, diluyó nuestra cerveza: pero no apagó, ni siquiera amen- guó, los entusiasmos de nuestro espíritu.

Pasado el chubasco, todos pedimos a nuestro popular colega Don Agustín Aragón, que hiciera uso de la palabra, a lo que él accedió, con esa benevolencia que es el rasgo esencial de su ca-

rácter y con la elocuencia que sabe usar, cuando su espíritu se siente conmovido por impulsos nobles y generosos.

Transpusimos, una vez más, el borde del cráter y bajamos hacia Zapotitlán, pasando por un tajo, que a la orilla de un camino se ha formado con las explotaciones de los bancos de arena. En una especie de frontón, de cerca de tres metros de altura, volvieron a mostrar sus habilidades los miembros más jóvenes de la excursión, dando saltos prodigiosos que iniciaron Aguilera, Leopoldo Salazar hijo, Waitz y algunos otros, entre ellos, el popular Don Francisco Patiño Ordaz, quien realizó, con toda precisión, la proeza de pasar de la posición vertical a la "en escuadra," al efectuar el salto.

En la estación de Zapotitlán, se tomó un vagón del Ferrocarril de S. Rafael y Atlixco, que condujo a los excursionistas a la estación de la calle de Cuauhtemotzin. Todos llegamos contentos y satisfechos y muchos, con algunos conocimientos más de la bella ciencia geológica, adquiridos durante la corta excursión, merced a las claras e inteligentes conferencias del Dr. Waitz.

No concluiré esta crónica, sin mencionar el hecho de que, al cruzar por la vieja plazuela del Rastro, los excursionistas, con su indumentaria de ingenieros, que el "ejército libertador" ha hecho suyo, adicionándole las ya clásicas *cananas*, llamaron la atención de la gente del pueblo, que inmediatamente prorrumpió en gritos de "viva Madero." Todavía, al ocupar los trenes, los pasajeros nos miraban con esa curiosidad que en esos días despertaban los "kakis" y las polainas.

Cosa curiosa, ese "uniforme" ha sido usado, desde hace muchos años, por los ingenieros, y sin embargo, ha pasado inadvertido para el público. Ciertamente que la popularización del "kaki" se debe a las huestes revolucionarias que el Sr. D. Francisco I. Madero hizo surgir de la masa que parecía yerta, de la ciudadanía mexicana; pero cierto también que los ingenieros, primeros en usar el "uniforme," hemos sido los constantes laborantes del progreso, que de un confín a otro de la República, hemos sembrado, algo más duradero, algo más trascendental, que la popularidad guerrera: el amor al trabajo el "respeto al derecho ajeno" y aún, en muchos casos, algunas ideas de libertad, que nuestros peones y ayudantes han escuchado de nuestros labios, allá en las lejanías de las sierras, cuando a las silenciosas horas del descanso, hemos confraternizado con ellos, ya al dar una tregua al rudo trabajar en las minas, ya al interrumpir, con la puesta del sol las labores topográficas o geológicas que a su luz esplendorosa emprendíamos.

No es fácil computar lo que esos esfuerzos aislados hayan influido en preparar los ánimos a la idea de libertad; pero si ese cómputo fuera posible, sería una revelación sorprendente lo que aquellas conversaciones, en los hoteles, en las lejanas serranías, en los laborios de las minas, a bordo de los ferrocarriles, o durante largas y pesadas caminatas, hayan influido para determinar el estado social, bajo cuyo amparo y con cuyo apoyo, se realizó una de las más sorprendentes y trascendentales transformaciones políticas de México.

Perdóneseme esta digresión, que parece oportuna, por haber coincidido la excursión reseñada, con los grandes acontecimientos políticos que por igual interesaron a todos los mexicanos, aun a los pacíficos geólogos que, con sus indumentarias de campaña, despertaron, en la barriada de San Lucas, un entusiasmo, que quizá no vuelvan a promover, ni con los más útiles de sus descubrimientos o estudios en el complicado mecanismo de la dinámica del planeta.

México, Agosto de 1911.—*L. Salazar Salinas.*